



“No es Dios de muertos sino de vivos”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 11,4-12:

Me fue dicho a mí, Juan: «Éstos son mis dos testigos, los dos olivos y los dos candelabros que están en la presencia del Señor de la tierra. Si alguno quiere hacerles daño, echarán fuego por la boca y devorarán a sus enemigos; así, el que intente hacerles daño morirá sin remedio. Tienen poder para cerrar el cielo, de modo que no llueva mientras dura su profecía; tienen también poder para transformar el agua en sangre y herir la tierra a voluntad con plagas de toda especie. Pero, cuando terminen su testimonio, la bestia que sube del abismo les hará la guerra, los derrotará y los matará. Sus cadáveres yacerán en la calle de la gran ciudad, simbólicamente llamada Sodoma y Egipto, donde también su Señor fue crucificado. Durante tres días y medio, gente de todo pueblo y raza, de toda lengua y nación, contemplarán sus cadáveres, y no permitirán que les den sepultura. Todos los habitantes de la tierra se felicitarán por su muerte, harán fiesta y se cambiarán regalos; porque estos dos profetas eran un tormento para los habitantes de la tierra.»

Al cabo de los tres días y medio, un aliento de vida mandado por Dios entró en ellos y se pusieron de pie, en medio del terror de todos los que lo veían. Oyeron entonces una voz fuerte que les decía desde el cielo: «Subid aquí.» Y subieron al cielo en una nube, a la vista de sus enemigos.

Salmo

Sal 143 R/. Bendito el Señor, mi Roca

endito el Señor, mi Roca,
que adiestra mis manos para el combate,
mis dedos para la pelea. R/.
Mi bienhechor, mi alcázar,
baluarte donde me pongo a salvo,
mi escudo y mi refugio,
que me somete los pueblos. R/.
Dios mío, te cantaré un cántico nuevo,
tocaré para ti el arpa de diez cuerdas:
para ti que das la victoria a los reyes,
y salvas a David, tu siervo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 20,27-40

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, cátese con la viuda y dé descendencia a su hermano. Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella.» Jesús les contestó: «En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos.» Intervinieron unos escribas: «Bien dicho, Maestro.» Y no se atrevían a hacerle más preguntas.

Reflexión del Evangelio de hoy

Un aliento de vida mandado por Dios entró en ellos

El relato se mueve por diversos lugares para concluir en el cielo como remate superador. Preñado de hondo sentido teológico, nos dice que el Pueblo de Dios no será destruido por el paganismo, como imagen de las fuerzas ajenas, ni será aniquilado por martirios y persecuciones, al contrario, subsistirá porque el poder de Dios le asiste. La alusión posterior a tiempos cruzados, a ciudades opuestas y otros recursos estilísticos, nos quieren trasladar a la hermosa realidad del Pueblo de Dios que transita por esta historia proclamando la bondad de Dios nuestro Padre. Porque este mismo Pueblo de Dios, con el impulso del Espíritu, se torna profecía viva y diaria de lo mucho que Dios nos quiere y nos hará tomar conciencia de nuestra vocación de personas redimidas vocacionadas para subir al cielo, a la región de Dios. Es en la adversidad y en la bonanza donde debemos buscar el aliento del Padre que nunca nos dejará a la intemperie, pero espera de nosotros la apuesta en fidelidad por los valores del Reino, los únicos capaces de rescatarnos de la inhumanidad.

Es Dios de vivos

Los saduceos eran, en lenguaje de hoy, conservadores en materia religiosa; aceptaban de lleno las leyes del Pentateuco, pero restaban valía a los profetas y a la tradición oral. Éstos plantean un improbable caso a Jesús con la intención de desautorizar la fe en la resurrección predicada por el Maestro; éste reafirma su creencia en la resurrección al dejar claro que no es una mera continuación de la vida que acaba de terminarse, sino una vida de plenitud, nueva y distinta, no fácil de comprender desde nuestras chatas perspectivas. Hay que dar cancha al poder amoroso de Dios que nos llama a todos de la muerte a la vida y nos acoge como hijos en su vocación de eternidad: en sus manos y en su ternura está la continuidad de nuestra historia y la verdadera resurrección. Una vez más, Jesús de Nazaret, al transmitirnos su vivencia del Dios Padre que sólo sabe amar y perdonar, nos sugiere que nuestra vida no se cierra con la muerte, cuando la vida que Dios nos concede es un regalo para siempre, y de tal regalo no sufre nunca amnesia, al contrario, lo renueva en cada instante de nuestra existencia. Dios Padre no sabe dejarnos de su mano nunca.

¿En nuestra comunidad la mística exige hablar a los hombres de Dios, es decir, de profecía?

¿Caemos en la cuenta del sinsentido de la expresión coloquial estar dejado de la mano de Dios?



Fr. Jesús Duque O.P.

Convento de Santo Domingo de Scala-Coeli (Córdoba)